Tema 29. **¿DÓNDE FUE EL NACIMIENTO DE JESÚS?**

La patria ausente

Frente a la pregunta de dónde nació Jesús, la respuesta parece sencilla: Jesús nació en Belén. Lo aprendemos desde niños al celebrar la Navidad, y lo cantamos todos los años en los villancicos alrededor del pesebre. Sin embargo, hay una aparente confusión en el Nuevo Testamento con respecto ello. Es cierto que dos evangelistas, **Mateo** y **Lucas**, afirman expresamente que Jesús nació en *Belén*. Mateo dice: *«habiendo nacido en Belén de Judea, en tiempos del rey Herodes»* (Mt 2,1). Y Lucas escribe: *«Sucedió, entonces, mientras ellos (José y María) estaban allí (en Belén), se cumplió el tiempo de dar a luz, dio a luz a su hijo primogénito»* (Lc 2,6-7).

Pero en cambio los otros dos evangelistas, Marcos y Juan, presentan a Jesús como si procediera de Nazaret. En efecto, siempre lo llaman *«Jesús de Nazaret»*; y sabemos que en la Biblia, cuando después del nombre de una persona se menciona una ciudad, es porque normalmente se trata de su lugar de nacimiento. Así, por ejemplo, se habla de José de Arimatea (Mc 15,43), de Lázaro de Betania (Jn 11,1), de Amós de Técoa (Am 1,1), o de Miqueas de Moréshet (Miq 1,1). ¿Cuál sería entonces la cuna de Jesús: Belén o Nazaret? Analicemos más detenidamente las evidencias.

Para Marcos no hay dudas

El primer Evangelio que se escribió, el de Marcos, da a entender que Jesús procede de Nazaret. Ya al principio, cuando relata su bautismo, dice que *«Jesús vino de Nazaret de Galilea»* (1,9). O sea, no menciona ninguna otra ciudad de origen fuera de ésta. Después, cuando Jesús se va a Nazaret, dice que *«se fue a su patria»* (6,1); y patria (en griego: *patris*) significa literalmente "la tierra natal", "el lugar de nacimiento". Esto lo confirma el mismo Jesús, cuando ante el escándalo que producen sus enseñanzas en Nazaret, él exclama: *«No hay profeta despreciado sino en su patria, entre sus parientes y en su casa»* (6,4). Además, todo el mundo lo conoce como Jesús de Nazaret: el endemoniado de Cafarnaúm (1,24), la criada del Sumo Sacerdote (14,67), el ángel del sepulcro (16,6), y hasta el mismo evangelista Marcos (10,47). Por lo tanto, cuando Marcos escribió su Evangelio, dio a entender a sus lectores que Jesús procedía de Nazaret, ya que siempre lo identifica como originario de esa ciudad, y no da ninguna otra indicación alternativa como para pensar que fuera de otra parte.

Un pueblo de mala muerte

El cuarto evangelista, San Juan, también afirma que Jesús procedía de Nazaret. Comienza presentándolo como *«Jesús, hijo de José, aquel de Nazaret»* (Jn 1,45). Y tan convencido está todo el mundo de que Jesús es de Nazaret, que Natanael no quiere creer en él porque dice: *«¿De Nazaret puede salir algo bueno?»* (Jn 1,46). En efecto, Nazaret era una ciudad desconocida, minúscula y de mala fama. Tan insignificante, que en el Antiguo Testamento no se la menciona nunca. Incluso cuando el libro de Josué describe detalladamente la región de Galilea (Jos 19,10-16), se salta a Nazaret. Tampoco la nombra Flavio Josefo, el gran historiador judío del siglo I; al describir las guerras judías contra los Romanos, menciona 54 ciudades galileas, pero ignora completamente a Nazaret. Y el Talmud, una antiquísima colección de escritos judíos, enumera una lista de 63 ciudades galileas de la que está ausente Nazaret. Debió de haber sido, pues, una pequeña aldea sin ninguna importancia. Por eso, que alguien tan importante como Jesús hubiera nacido allí producía escándalo entre la gente. A pesar de eso, el Evangelio de Juan en ningún momento aclara que Jesús no era de Nazaret. Al contrario, lo afirma varias veces en su Evangelio.

Por ejemplo, al contar una discusión entre los Judíos sobre el origen de Jesús, dice que algunos lo rechazan como Mesías porque sabían que había nacido en Nazaret, y comentaban: *«¿Acaso el Cristo viene de Galilea? ¿No ha dicho la Escritura que de la descendencia de David y de Belén… viene el Cristo?»* (Jn 7,41-42). Y nadie se encarga de explicar que Jesús había nacido en Belén. Más adelante, San Juan afirma que los Judíos no querían creer en Jesús porque *«de Galilea no surge un profeta»* (Jn 7,52). En ninguna parte del Cuarto Evangelio, pues, se afirma que Jesús haya nacido en Belén. Al contrario, siempre esta presente la idea de que había nacido en Nazaret.

Sólo para la infancia

Vemos, pues, que las dos únicas veces en todo el Nuevo Testamento que se dice que Jesús nació en Belén son las que vimos en los relatos de la infancia de Mateo y Lucas. En ninguna otra parte se dice ni una sola palabra sobre el origen en Belén para Jesús. Ni siquiera San Pablo, que tuvo que discutir acaloradamente varias veces con los lectores de sus cartas tratando de convencerlos de que Jesús era el Mesías, y a quien le hubiera venido muy bien el argumento de que Jesús había nacido en Belén, parece conocer tal información.

Tal es la confusión que incluso estos dos evangelistas, a pesar de decir que Jesús nació en Belén, cuando lo presentan en su vida adulta cambian su discurso y lo llaman "Jesús de Nazaret". Así, por ejemplo, Mateo durante el juicio a Jesús, cuenta que una criada denuncia a Pedro diciendo: *«Este estaba con Jesús el Nazareno»* (Mt 26,71). Y cuando relata la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén como Mesías, dice que la gente lo aclamaba

gritando: *«Este es el profeta Jesús aquel de Nazaret de Galilea»* (Mt 21,11), cuando le hubiera convenido mucho más poner "Jesús de Belén", ya que esto hubiera sido un argumento muy fuerte para confirmar el mesianismo de Jesús. Lo mismo hace Lucas. Si bien aclara que Jesús en Nazaret *«había sido criado»* (Lc 4,16) siempre lo llama "Jesús de Nazaret" como si procediera de allí. Por ejemplo, al curar a un endemoniado en Cafarnaúm (Lc 4,34), al curar al ciego de Jericó (Lc 18,37), o en el episodio de los discípulos de Emaús (Lc 24,19). También en su libro de los Hechos de los Apóstoles, Lucas llama siempre a Jesús "el nazareno", como si hubiera nacido en Nazaret. Tal expresión aparece en boca de Pedro (Hch 2,22; 3,6; 4,10; 10,38), de Pablo (Hch 26,9), de la gente (Hch 6,14), y hasta del mismo Jesús (Hch 22,8).

¿Vivían o estaban de paso?

Según Mateo, Jesús habría nacido en Belén porque sus padres vivían en Belén y allí tenían su casa (Mt 2,11). En cambio según Lucas, Jesús habría nacido en Belén porque su familia, que vivía en Nazaret (Lc 2,26), estaba de paso en Belén con motivo de un censo (Lc 2,4). Mas confusión se genera cuando según Mateo, después de nacer, dice que Jesús estuvo en Belén casi **dos años** (Mt 2,16), hasta que su familia huyó primero a Egipto y luego a Nazaret. En cambio según Lucas, dice que Jesús se fue a vivir a Nazaret cuando tenía un **mes y medio** de vida (Lc 2,39). Vemos, pues, que las pruebas evangélicas sobre el nacimiento de Jesús en Belén siendo fundamentales son pocas. En cambio son numerosos los datos del Nuevo Testamento en cuanto a la procedencia de Nazaret. ¿Por qué entonces Mateo y Lucas colocan su nacimiento en Belén, en los relatos de la infancia?

Cada sucesor, una desilusión

Hoy los estudiosos sostienen que el nacimiento de Jesús en Belén, más allá de una indicación histórica, presenta un *contenido teológico*. O sea, los evangelistas Mateo y Lucas *pretendieron transmitir un anuncio religioso, con el fin de dejar una enseñanza*. Se trata de una manera de expresarse muy propia de los pueblos semitas. ¿Y cuál es la enseñanza que quisieron expresar con el nacimiento de Jesús en Belén? Quisieron decir que Jesús era el famoso Mesías esperado por el pueblo de Israel.

Para entender por qué fue necesario relatar el origen de Belén para Jesús, tengamos en cuenta que para la mentalidad judía, el futuro Mesías tenía que ser un descendiente de la familia del rey David. Esta esperanza se fundaba en una antigua promesa que el profeta Natán había hecho al mismo rey David, cuando éste vivía. Según esa profecía, Dios había asegurado a David que nunca iba a faltar un descendiente suyo como sucesor en el trono de Jerusalén (2Sam 7,4-16). Frente a la inseguridad en la que vivían los monarcas antiguos, de que no les naciera un hijo varón para que les sucediera, y de que otra familia reinara en su lugar, Dios le garantizó a David que siempre gobernaría Jerusalén un descendiente suyo (un Mesías, es decir *"un ungido"*), y que lo haría con sabiduría y con justicia. Pero cada nuevo rey que subía al trono de Jerusalén, era una nueva desilusión para la gente, que veía cómo se sucedían gobernantes corruptos y malvados, desentendidos del pueblo y preocupados sólo por sus intereses personales. Por eso, cada vez que moría un rey y subía su hijo, el pueblo se preguntaba si éste sería el Mesías que estaban esperando, que traería la prosperidad y la paz al pueblo.

Abandonar el ambiente de la capital

Hacia el año 500 a.C, apareció en Jerusalén un profeta anónimo haciendo un anuncio que iba a modificar las expectativas que hasta ese momento había sobre el Mesías. Esa profecía hoy se encuentra en el libro de Miqueas, y dice así: *«Pero tú, Belén de Efrata, para ser pequeña entre las familias de Judá, de ti me saldrá aquel que será Señor en Israel… Él estará allá y apacentará con la fuerza del Señor, con la grandeza del nombre del Señor, su Dios»* (Miq 5,1-3). El profeta anunciaba que sí iba a llegar el tan ansiado Mesías. Pero hacía una aclaración: iba a venir de Belén, de donde procedía el rey David. Hasta ese momento, todos los reyes nacían en Jerusalén, la capital del país, porque allí se había establecido David y allí estaba la corte real. Pero ahora Miqueas anuncia que el futuro Mesías, descendiente de David, procederá de la ciudad de David (Belén) y no de Jerusalén.

¿Qué significaba esto? Sin duda el profeta no se refería, al menos directamente, al nacimiento de Jesús, que vendrá al mundo medio milenio más tarde. Los profetas no adivinaban el futuro, ni eran clarividentes, ni buscaban predecir hechos desvinculados de la realidad en la que vivían. Su misión era anunciar una palabra de Dios que tuviera que ver con el presente de sus oyentes. Lo que el profeta quiso decir era que Dios no miraba con buenos ojos a la corte de Jerusalén. Esta ciudad, en la que se habían prostituido tantos reyes con el lujo y el poder, no era el mejor ambiente para que surgiera el Mesías. David, el rey más grande que tuvo Israel, había nacido en la humilde Belén. *Si ahora ellos querían tener al nuevo Mesías, había que volver a preparar el mismo ambiente de Belén.* Es decir, proponía a los futuros gobernantes: *volver a la **humildad** y **sencillez** de sus orígenes*. Es decir, sugería cortar con el actual modo de hacer política, abandonar la conducta que ostentaban los dirigentes y volver al estilo de vida que se tenía en aquel pasado remoto e ideal, que una vez sirvió para que naciera un gran rey. La profecía era una constante advertencia de lo que Dios quería para los reyes de Israel.

Con las formas literarias que tenían

Con el paso del tiempo la profecía de Miqueas se volvió famosa, de tal manera que en la época de Jesús un gran sector del Judaísmo, aunque no todos, esperaba literalmente que el futuro Mesías naciera en el pueblo de Belén. La certeza de que Él era el Mesías esperado constituía lo único importante. Y esta idea no podía ser explicada sino mediante las formas y los géneros literarios propios de los judíos de aquel tiempo. Por lo tanto, cuando Mateo y Lucas afirman que Jesús nació en Belén, lo que están diciendo es que Jesús es realmente el Mesías que todos esperaban; el que cumplió las expectativas que ningún otro rey de Israel había cumplido. El acento de los evangelistas está puesto en el contenido teológico. Y así lo entendieron y tomaron también los lectores de los primeros siglos.

Dos maneras de nacer

Cuando Marcos, el primer evangelista que escribió, compuso su relato, no incluyó el dato del nacimiento de Jesús en Belén. Como la mayoría de sus lectores eran de origen gentil (extranjeros), no tuvo problemas en conservar el recuerdo de que procedía de Nazaret. En cambio cuando escribieron Mateo y Lucas, muchos de sus lectores eran cristianos procedentes del Judaísmo, a los cuales sí les preocupaba que Jesús fuera el verdadero Mesías esperado por Israel, el descendiente de David. Entonces ambos evangelistas, para expresar esta idea, recurrieron a la narración de su nacimiento en Belén. Eso sí, cada uno empleó una diferente, según la que ellos conocían. Así, Mateo presentó a Jesús naciendo en Belén porque su familia era de allí; y Lucas presentó a Jesús naciendo en Belén por la necesidad del censo. Finalmente Juan, que al momento de componer su Evangelio había llegado a la convicción de que Jesús era Dios, es decir, existía desde siempre, desde antes de venir al mundo, tampoco tuvo interés de incluir el nacimiento de Jesús. Su origen terreno no tenía para él ninguna importancia, porque en realidad su verdadero origen era el cielo; Él procedía de Dios (Jn 1,1-18), y eso bastaba para declararlo Mesías.

Recordarlo en Navidad

Decir que Jesús nació en Belén sigue siendo para nosotros, como lo fue para los primeros cristianos, una afirmación fundamental. Equivale a decir que Dios, a pesar de ser omnipotente y poderoso, *optó por una ciudad minúscula*. Es decir, *prefirió apostar por la debilidad, por la humildad, por los oprimidos, por la mansedumbre*. Significa que un Mesías frágil y endeble basta para quebrar el poder de los poderosos de este mundo. Y que quienes afirman seguir a este Mesías deben emplear sus mismas armas. Hoy en día, que nos emocionamos tanto cuando llega la Navidad al recordar el humilde origen de Belén para Jesús, pero que después, el resto del año, apostamos por la fuerza, la prepotencia, la soberbia y la superioridad, sería bueno que lo tuviéramos en cuenta.

AAV

μενοῦν μακάριοι οἱ ἀκούοντες τὸν λόγον τοῦ θεοῦ καὶ φυλάσσοντες
*Más bien, dichosos los que escuchan **La Palabra** de Dios y la practican*